



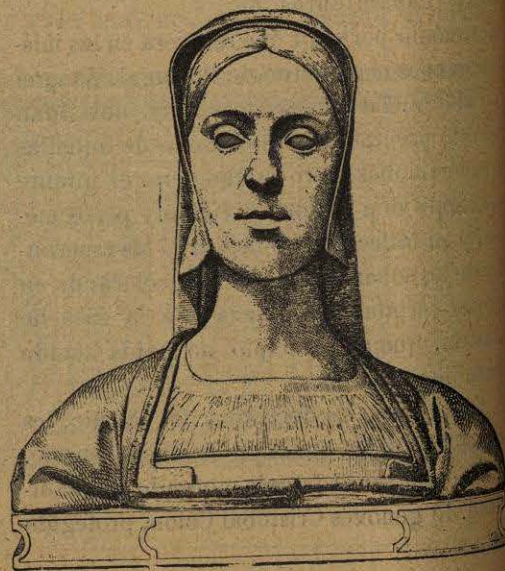
Busto de Felipe el Hermoso

La nobleza contaba con adjudicarse el premio de la victoria. Volvió á cobrar los impuestos por su cuenta, secuestró los bienes de la corona y dejó al soberano en la miseria. La pena, el clima de España y las mujeres, mataron á Felipe el Hermoso, cuya muerte llevó el desorden á su punto culminante. Los grandes, muy dispuestos á destruir, se mostraron incapaces para gobernar. El consejo de Regencia, compuesto del condestable, el duque de Nájera y Cisneros, no tenía influencia ni autoridad. El duque de Medina-Sidonia puso cerco á Gibraltar, y el conde de Lemos se apoderó de Ponferrada. Cansada de la anarquía, Castilla llamó al amo que le garantizaba la paz pública. Los señores pactaron con él de la manera más ventajosa para ellos. Don Juan Manuel fué el único que quiso continuar la lucha y se encerró en la fortaleza de Burgos. Le intimaron la rendición y reclamó un salvoconducto. Riendo, Fernando le preguntó «si los grandes acostumbraban á dictar la ley á los reyes». Esta fué la moraleja de la aventura.

**CISNEROS Y LOS GRANDES.**—Los nobles no se habían convencido todavía de su impotencia, y al morir Fernando (1516) reanudaron sus intrigas. Aún vivía Juana la Loca, pero era incapaz de reinar. El archiduque Carlos (después Carlos V), su hijo mayor, se

estaba educando en los Países Bajos. En su testamento, Fernando había confiado la regencia del reino—hasta la llegada de Carlos—á Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo, á quien no era adicto, pero que le parecía el único apto para gobernar. El ex confesor de Isabel era hombre de genio imperioso y severo, que no toleraba resistencias. Había nacido para mandar. Dícese que á los señores que fueron á preguntarle por sus poderes, les enseñó desde el balcón de su palacio el formidable parque de artillería que había reunido. Para asegurar al soberano y al país una fuerza capaz de reprimir el desorden y rechazar las agresiones, resolvió suprimir las compañías que se reclutaban al principio de cada guerra, creando un ejército de 40.000 hombres, formado con los contingentes de las ciudades. Como la nobleza temía el empleo que pudiera hacerse de aquellas tropas permanentes, alentó clandestinamente á todos los descontentos. Las ciudades hicieron causa común con la nobleza, y el regente, mal sostenido por la corte de Bruselas, aplazó la reforma hasta que llegara el nuevo rey.

**LA CORTE DE BRUSELAS.**—Cisneros, tan celoso para robustecer la regia autoridad, se vió abandonado por aquellos á quienes creía servir. Los grandes reanudaban la táctica que tanto les sirvió con motivo de la contienda entre Fernando y Felipe el Hermoso. Enviaban agentes y acudían en per-



Busto de la reina doña Juana

sona á Bruselas para denigrar al cardenal, costándoles poco trabajo hacerle sospechoso. Muy cierto que, aun habiendo prestado eminentes servicios, Cisneros tenía un carácter demasiado enérgico é independiente. Había vencido todas las dificultades que podían oponerse al advenimiento del archiduque Carlos; lo había hecho proclamar en vida de su madre, contra la opinión pública y del Consejo Real; había puesto á buen recaudo al archiduque Fernando, á quien algunos elementos pensaban sentar en el trono en lugar de su hermano mayor. Enviaba á Flandes grandes cantidades de dinero, y su áspera voluntad contenía la explosión del descontento público. Pero no se avenía á todas las complacencias, como deseaba la corte de Bruselas, y hasta sus concesiones iban acompañadas de lecciones y censuras, dictadas por una rígida probidad y un patriotismo español muy exclusivo. Quejábase amargamente de que las incessantes exigencias de los ministros flamencos le quitaran el dinero necesario para la protección del país y la defensa de las costas, porque «quien quiera dominar la tierra tiene que adueñarse del mar».

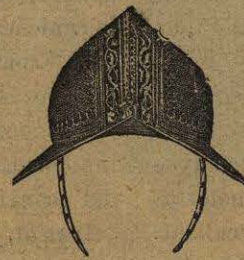
La corte de Bruselas no dejaba de suscitarle dificultades: repuso en Toledo á un corregidor destituido por mala administración; mandó á la Audiencia de Valladolid que aplazara hasta la llegada del rey la substanciación de un pleito pendiente entre el conde de la Coruña y el duque del Infantado; nombró, contra el deseo de Cisneros, gobernador de Pamplona á un aragonés, y á otro aragonés embajador en Roma. Si el regente de Castilla soportaba muy á disgusto que no se confiasen á castellanos los intereses generales de España, figúrese el lector cuánto había de repugnarle la política extranjera del gobierno flamenco.

**EL TRATADO DE NOYON Y LA CUESTIÓN DE NAVARRA.**—El señor de Chièvres, ex ayo de Carlos y el más influyente miembro de su



El cardenal Cisneros

Consejo, anteponía á todo los intereses de los Países Bajos. El sostenimiento de la paz era la primera necesidad de aquellas provincias. Chièvres procuraba con todo cuidado conservar cordiales relaciones con Francisco I, y para complacer á tan poderoso aliado envió delegados al rey de Aragón para recomendarle un acuerdo favorable al rey de Navarra y grato al de Francia, que se constituyó en protector del soberano despojado. La respuesta de Fernando había sido elocuentísima: declaró á Navarra anexionada á Castilla, para interesar al reino más poderoso de la península en la conservación de su última conquista. Cabe dudar que Chièvres procediera con celo y buena fe en tal asunto. Probablemente querría congraciarse con Francisco I mediante una demostración cuya inutilidad no se le ocultaba. Toda su conducta tendía á contentar á aquel poderoso vecino y asegurar la paz.



Casco del cardenal Cisneros



El advenimiento de Carlos á los tronos de Aragón y Castilla comprometía en extremo aquella política. El sucesor de Fernando heredaba todas las dificultades que en los reinados precedentes habían surgido entre Francia y España. La cuestión de Nápoles estaba por resolver; la de Navarra era amenazadora. El jefe del gobierno flamenco no por eso abandonó su sistema y llegó á trabajar abiertamente por estrechar la alianza. Pero Cisneros temía que se sacrificaran los intereses españoles;

su patriotismo se indignaba de que la poderosa España fuera á remolque de los Países Bajos y se viera obligada á subordinar sus movimientos á los de algunas provincias. El tratado de Noyon (13 de Agosto de 1516) que Chièvres acababa de acordar con Francia no era lo más á propósito para calmar su inquietud y aplacar su ira. Además de las estipulaciones relativas al reino de Nápoles y al casamiento de Carlos con una hija de Francisco I, se había prejuzgado la cuestión de Navarra. Al llegar á España, el rey Católico oiría la reclamación «de la viuda é hijos de Juan de Albret», y «en la forma y manera que razonablemente le fuera posible, accedería á lo solicitado por dicha reina y sus hijos». Los estadistas españoles habían de considerar ya grave síntoma que la diplomacia flamenca pusiera en tela de juicio, siquiera fuese muy ligeramente, la legitimidad de las conquistas del último reinado. Mucho más habían de temer un pacto cuyas ventajas, adquiridas á costa de molestas concesiones, eran muy difíciles de realizar. La novia sólo contaba un año de edad. ¿Era admisible que Carlos permaneciera célibe

hasta que ella llegara á ser núbil? Y si se casaba con otra princesa, según lo exigían la razón y el interés de sus pueblos, ¿habría que restituir á Francia el reino de Nápoles conforme á lo estipulado? Por último, aquella vaga promesa de satisfacer la reclamación de la reina de Navarra, envolvía una amenaza si se interpretaba en su verdadera acepción, cotejándola con un artículo en que para darle todo su significado y alcance el rey de Francia había procurado especificar que no se apartaba «de la alianza, promesa y tratado hechos con el difunto rey de Navarra y con la reina, los cuales conservarán su fuerza y virtud». Aquello era como un abandono, un olvido completo de las adquisiciones y grandezas pasadas. Cisneros tenía sobrados motivos para quejarse de aquel gobierno que no consideraba á Carlos más que soberano de Flandes. Por eso apresuraba sin cesar el viaje del rey á España, con la esperanza de que en un medio nuevo sus consejos le podrían su-



Carlos V, por Ticiano

gerir concepto más exacto de sus deberes y de que la contemplación de sus poderosos reinos le alejaría de los Países Bajos.

LLEGADA DE CARLOS Á CASTILLA.—Aquellas legítimas esperanzas inspiraban grandes temores á los consejeros flamencos, por lo cual demoraron todo lo posible la salida para España, y cuando se decidieron á ello fué con la resolución de aprovecharse del viaje cuanto pudieran. Temiendo que una influencia rival les arrebatara la dirección del príncipe y las ganancias anejas á su privanza, no se ocuparon, apenas llegados, más que en cerrar el camino á todos los que pudieran hacerles competencia. Cisneros,

gerir concepto más exacto de sus deberes y de que la contemplación de sus poderosos reinos le alejaría de los Países Bajos.

gerir concepto más exacto de sus deberes y de que la contemplación de sus poderosos reinos le alejaría de los Países Bajos.



1-2-3-5-6. Nobles alemanes.—4. Campesina alemana.—7. Artesano alemán.—8. Noble inglés.—9. Verdugo.—10. Soldado húngaro.—11-12-13-14-16-17. Soldados mongoles.—15. Artesano mongol.—18-19. Campesinos portugueses.

CAPILLA ALFONSO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.



que era un rival muy poderoso, recibió como recompensa de sus servicios la orden de no acercarse á la Corte. La muerte le ahorró el disgusto de verse en desgracia, y entregó á los recién llegados, como primera presa, el arzobispado de Toledo, que era el que disfrutaba mejores rentas. Chièvres, ayo de Carlos, se lo dió á su sobrino Guillermo de Croy, que tenía doce años. Juan Sauvage, flamenco también, fué nombrado gran canciller. El rey veía sólo por los ojos de aquellos extranjeros y seguía dócilmente sus inspiraciones como si no sintiera deseos de reinar. Aquel espíritu de obscurecimiento y sumisión desesperaba á los españoles. Un contemporáneo decía con amargura: «No manda; mandan en él.» Elogiábase una gravedad que no era propia de sus años. «Oye con atención y contesta en pocas palabras.» Esa falta de expansión, esa sobriedad de palabras, parecían á muchos prueba de incapacidad.

CORTES DE VALLADOLID (1518).—En las primeras Cortes reunidas en Valladolid el 24 de Enero de 1518 se vió bien claro el desacuerdo entre la nación y los consejeros flamencos. Carlos había sido proclamado rey de Castilla; ostentaba este título ante Europa, lo empleaba en los actos oficiales, pero le faltaba que los tres órdenes le reconocieran por rey. Chièvres no consideraba esto más que como una formalidad, pero los castellanos lo reputaban de muy distinto modo. Aunque la monarquía fuera de hecho y de derecho hereditaria, mostraban apego á una costumbre que realizaba á la nación con una especie

de adhesión consentida libremente, y que les ofrecía ocasión para pedir al príncipe la promesa de sostener los usos y leyes del país. La existencia de Juana la Loca creaba otra dificultad y hacía surgir escrúpulos. ¿Se podía jurar al hijo en vida de su madre? Como si quisieran colmar la indignación de los diputados, se les ocurrió á los flamencos nombrar presidente de las Cortes al extranjero Juan Sauvage.

La oposición fué momentáneamente dueña de las Cortes. Tenía por intérprete al doctor Juan Zumel de Burgos, que resistió cara á cara á Chièvres y á Sauvage y no se arredró por las amenazas de muerte que le dirigieron. Podía temerse que la asamblea se negara á jurar, pero todo se arregló. El 5 de Febrero se celebró la sesión regia. Carlos juró mantener los privilegios de las ciudades y las leyes y costumbres del reino. No se oyó el pasaje del juramento que excluía de los cargos públicos á los extranjeros, y el intratable Zumel tuvo la osadía de pe-



Carlos V, por Cristóbal Amberger  
(Museo imperial de Berlín)

dir al rey que repitiera el artículo. Carlos respondió trabajosamente: «He jurado», fórmula equívoca que le dejaba en libertad para el perjurio.

Adviértese también esa desconfianza de los flamencos en los Capítulos de los procuradores, en los cuales es fundamental. Las Cortes piden con insistencia que los cargos del Estado y de la Iglesia no se confieran más que á los castellanos, y que el gobierno no trate de burlar la ley concediendo cartas de naturalización. El aislamiento en que los ministros tenían al príncipe, el esmero con-



que se reservaban el servicio de la Real Persona y Casa, provocaban gran irritación. Las Cortes querían que la Guardia del soberano corriese á cargo del tradicional cuerpo de los Monteros de Espinosa, y para sustraer al monarca á la tutela de su séquito, invitábanle á aprender en seguida el español; asimismo solicitaban que diera audiencia dos veces á la semana para que pudiera ponerse en contacto con sus súbditos. Sospechaban justamente de la política exterior de los flamencos. Reclamaron la anexión definitiva de Navarra á Castilla, y para conservar esta conquista ofrecían sus bienes y sus vidas.

Deseos tan platónicos no podían turbar la serenidad de los consejeros del rey. Habían obtenido el juramento y la votación del servicio. Chièvres había tenido la habilidad de arrancar á aquellos diputados recalcitrantes un crédito de 16.000 ducados. Las Cortes castellanas fueron siempre así: alardeaban de sus buenas intenciones, gritaban mucho, pero acababan por ceder. El gobierno salía del paso con alguna vaga promesa, aparte de que le era muy fácil corromper á una asamblea tan reducida. De todos modos, en el caso de que hablamos las protestas revestían extraordinaria importancia, porque delataban un estado nada tranquilizador del espíritu público. Habíase abusado de la paciencia de los castellanos. Cuando habría convenido mucho no agraviar su celoso y exclusivista patriotismo parece que se ponía empeño en exasperarlos é impulsarlos á las más violentas resoluciones. Aquellos extranjeros hambrientos que se entusiasmaban con el oro fino y la plata virgen procedentes de las Indias, explotaron inícuamente á Castilla. El señor de Chièvres vendía todo lo cotizabile, cargos, oficios, obispados, y se apresuraba á mandar á Flandes el dinero que le proporcionaba aquel tráfico. La caza de ducados de España fué tan formidable que escaseó el dinero en Castilla, y los españoles saludaban con admiración al doblón de oro que había podido librarse de la codicia de Chièvres.

**CORTES DE ARAGÓN Y CATALUÑA.**—La Corte no pensaba encontrar mayores resistencias en Aragón y en Cataluña, pero entonces empezaron las decepciones. Los ara-

goneses son famosos por su tenacidad. Negábanse á reconocer por rey á Carlos en vida de su madre, mientras no probara la legitimidad de sus pretensiones, y se aferraron á tal resolución sin retroceder un paso. Los grandes señores castellanos, maduros ya para el despotismo, no querían secundar aquel espíritu formalista, y el conde de Benavente propuso al rey que impusiera su voluntad á la fuerza. El conde de Aranda, aragonés, replicó violentamente, y por la noche se luchó en las calles. Las Cortes no se mostraron menos intransigentes acerca del donativo gratuito. Antes de votar el servicio pedido, exigían que se atendiera á sus quejas. Chièvres comprendió que aquellos eran malos adversarios, é hizo que los prestamistas le adelantaran el dinero, porque más vale pájaro en mano que ciento volando. De todos modos, Castilla era la que tendría que pagar. La estancia en Aragón resultó muy cara, y en ocho meses el gasto de la corte excedió con bastante á la cantidad votada.

Aragón triunfó tanto de las malas como de las buenas intenciones del gobierno. Los castillos eran refugio de bandidos y salteadores. El pueblo reclamaba que se estableciese una justicia severa, y en Zaragoza hubo un motín para lograr la enérgica represión del bandolerismo y la libertad del comercio de granos y de los abastos, cuyo monopolio se habían apropiado los nobles. Carlos quiso satisfacer los anhelos de la clase media, pero se vió obligado á ceder á las exigencias de los señores. Los aragoneses preferían conservar sus añejas costumbres á verlas mejoradas por la iniciativa regia.

La Corte pasó después á Cataluña. De manos de los argumentadores caía en las de una población artista, burlona, ávida de dinero. Los catalanes hicieron durar las Cortes doce meses, y contestaban á las peticiones de dinero con la lista de gastos de que el rey debía indemnizarles. «Creo—dice un testigo— que no entrará un ochavo en el tesoro real.» Se burlaban graciosamente de aquellos extranjeros y no ocultaban su plan de sacarles todo el dinero posible. El señor de Chièvres y los demás cancerberos de segundo orden encontraron la horma de su

zapato. Su ira y confusión llenaban de júbilo á los barceloneses. Allí no era como en Castilla; allí el que se arruinaba era Chièvres.

**DISTURBIOS EN VALENCIA; ORIGEN DE LAS GERMANÍAS.**—La cólera y el desprecio de las poblaciones eran indicios precursores de formidables disturbios. La actitud de Valencia habría debido servir de aviso. En Barcelona, Carlos había recibido la noticia de su elección para el imperio. Deseaba ir en seguida á Alemania, y, para ganar tiempo, quería que el reino de Valencia le reconociera por rey y votara el servicio sin que acudiera él personalmente á las Cortes. Los valencianos se indignaban de que no guardara más consideraciones al reino y á la Constitución. Adriano de Utrecht, ex preceptor del rey, se presentó para justificar su ausencia, pero no logró su propósito. La nobleza mostraba gran apego á las tradiciones. Para castigarla por su oposición, los



Fachada del antiguo palacio de Carlos I en Fuenterrabía  
(Fotografía de López Mir)

flamencos no vacilaron en favorecer la agitación de las clases populares. Hacía meses que en la ciudad de Valencia reinaba la anarquía. Contaba con 48 gremios, que formaban una población laboriosa, oprimida por la aristocracia. La aparición de una escuadra turca en Mayo de 1519 había obligado á Carlos á ordenar un alistamiento general para la defensa del país. Como la peste había echado de la ciudad á los nobles y á los funcionarios, la gente del pueblo fué la única que empuñó las armas. Parecióle de perlas la ocasión para librarse del pesado yugo que gravitaba sobre las clases inferiores. Tomaron la costumbre de reunirse en la plaza del Real para hacer ejercicios militares, que se transformaban en amenazadoras demostraciones contra la nobleza. Á la Junta de los

Trece, compuesta de artesanos, correspondió la dirección del movimiento. En aquel medio obrero, tan ardiente y tanto tiempo oprimido, la reacción había revestido desde luego un carácter brutalmente demagógico. Con el más insignificante motivo, se lanzaban contra la nobleza. La mujer de un sombrero enseñaba á sus hijos á dos caballeros que pasaban, y les decía: «Cuando seáis mayores, podréis decir que habéis visto caballeros.» El pueblo se atrevió á pedir al rey que lo dejara organizarse en batallones de á 100 hombres, mandados por capitanes. Despedido con las negativas de la nobleza,

Chièvres le concedió todo lo que pedía. Aquello era aprobar la expulsión ó el asesinato de los hidalgos. Tal fué el origen de las Germanías de Valencia, que durante varios años ensangrentaron todo aquel reino. Guiados por el miserable interés de partido, los flamencos habían puesto el cuchillo en

manos de gente enfurecida, provocando la guerra social, que á Carlos V y á la nobleza valenciana les costó mucho trabajo terminar.

**ELECCIÓN DE CARLOS PARA EL IMPERIO; SU PARTIDA.**—La agitación no era menor en Castilla. La estancia de Chièvres en Aragón y Cataluña no había acabado con las extorsiones. La elección de Carlos para el Imperio colmó la irritación general. Apenas se había visto al rey, é iba á marcharse ya sin haber visitado siquiera sus mejores ciudades. ¿Podía demostrar un desprecio más humillante hacia sus reinos de España? El país adivinaba que en adelante se gastarían sus tesoros en sostener las ambiciones de aquel monarca cosmopolita. No le alucinaba el esplendor de la dignidad imperial. Deseaba